

USTED PUEDE TENER  
UNA FE  
VIVA

**Este folleto no es para la venta.**

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,  
*una Asociación Internacional*, que se distribuye gratuitamente.

---

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de  
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

---

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Señor*, *Yahveh*, *Yavé*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

# Introducción

“... Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8).

**E**n nuestro mundo existe una crisis de fe. Son pocas las personas que tienen un concepto optimista del futuro. Muchos no tienen fe en que sus matrimonios serán duraderos, que los políticos servirán honradamente a su país, o que el sistema educativo los preparará adecuadamente para los desafíos que los esperan en el futuro. Al enfrentarse a los apuros de la vida diaria, muchas personas sencillamente no tienen la confianza de que el mañana será mejor que el presente.

En un mundo agobiado, desilusionado y escéptico, los sentimientos de que “cada día el rico es más rico y el pobre más pobre” y “nunca sale nada bien” nos hacen aún más vulnerables a la desesperanza.

Al mismo tiempo, mucha gente considera que los principios de la Biblia son condenatorios y que sus promesas están obsoletas. El concepto que predomina es que debemos aceptar y dar validez a todas las opiniones, sin importar cuáles sean. Pero toda esta gente no se da cuenta de que esta manera de pensar inevitablemente produce la duda, la cual socava la fe. Quizá no negamos la existencia de Dios, pero debido al materialismo, el humanismo y la decadencia moral de la sociedad que nos rodea, nos convencemos de que Dios se ha ido muy lejos y no se interesa en nuestra vida. Nuestra forma de ver las cosas deja a Dios fuera del cuadro.

La religión es superficial, incluso para muchos que se consideran a sí mismos cristianos. No tienen un conocimiento básico de las enseñanzas de la Biblia o de las creencias de su iglesia. ¿Cuántos no creen que

casi todo en la vida se reduce a gustos personales, y que lo único que importa son sus propios sentimientos? En lugar de buscar la guía de Dios, confían solamente en sí mismos para resolver sus problemas. Luego, debido a que las emociones son tan subjetivas, la gente queda confundida y trata de asirse a cualquier cosa que ofrezca alguna esperanza.

### Incrédulos que se creen religiosos

Como dice un adagio conocido: “Del dicho al hecho hay mucho trecho”. En el mundo occidental, varios millones de personas profesan ser cristianas, pero ¿cuántas de ellas realmente tienen una fe viva? Si bien muchas oran, al menos de vez en cuando, no están seguras de que sus oraciones tengan algún efecto real. La falta de una confianza viva y dinámica en Dios y en nuestra relación con él es un problema que afecta a casi todas las personas.

Al hablar de la fe, surgen las siguientes preguntas: ¿Está dispuesto Dios a aceptar varias perspectivas opuestas y contradictorias? ¿Es cierto que todos los caminos nos conducen a Dios?

Jesucristo señaló la base de la verdadera adoración a Dios: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23). Nuestra adoración a Dios debe estar basada firmemente en la *verdad*. Aunque la adoración tiene que ver con las emociones y los sentimientos, Dios espera que entendamos *cómo* y *por qué* él quiere que le adoremos. Sólo cuando entendemos estos conceptos podremos empezar a adquirir la fe viva que se nos menciona en la Biblia.

### El eterno problema

Las generaciones van y vienen, pero los problemas crónicos, como por ejemplo la falta de una fe auténtica y activa, todavía persisten. Hace dos mil años, Jesucristo relató una parábola que demuestra la necesidad de tener y practicar una fe viva. Habló de una viuda a quien un juez no le quería hacer justicia; pero ella insistió con tanta perseverancia que finalmente el juez decidió ayudarla, porque ya estaba cansado de tanta insistencia (Lucas 18:1-5).

Jesús se valió de este ejemplo de la vida diaria para explicar la promesa de Dios de ayudar a los que él ha llamado: “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará

en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (vv. 7-8).

Jesús nos asegura que Dios contestará nuestras oraciones. ¿Tiene usted fe en que contestará las suyas?

Entender las instrucciones de Dios y obedecerlas inspirará nuestra fe en él y en sus promesas. La fe nos ayuda a hacer frente a nuestro mundo tan turbulento y confuso. Nos da la confianza y seguridad que necesitamos para poder seguir adelante.

La pregunta que Jesús hizo cuando terminó de relatar la parábola de la viuda y el juez tiene implicaciones muy profundas para cada uno de nosotros: “Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (v. 8). Hoy en día, la fe es un recurso muy escaso, pero podemos llegar a tenerla siempre y cuando entendamos cuáles son las claves que la garantizan. Si usted quiere aprender cómo puede tener una fe viva, por favor continúe leyendo.

# ¿Qué es fe?

*“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).*

¿Ve usted muchos ejemplos de fe en el mundo que le rodea? La sociedad en que vivimos está prácticamente desprovista de fe. La mayoría de las personas no saben mucho acerca de Dios debido a que no leen la Biblia.

Muchos ni siquiera están seguros de la existencia de Dios. Otros, aunque creen en Dios, no saben lo que él enseña, lo que ha prometido ni lo que exige de los seres humanos. Estas cosas no deben sorprendernos porque, al fin y al cabo, es imposible que la gente tenga fe en un Dios que no conoce.

¿Y qué sucede con usted? ¿Sabe realmente lo que Dios puede hacer y lo que hará por usted? ¿Ha reflexionado acerca de ello?

Dios nos dice que, efectivamente, podemos llegar a conocerlo e ir cultivando una relación personal con él. Podemos saber lo que tiene planeado para nosotros y nuestras familias en esta vida y en el futuro. Por medio de uno de sus siervos Dios nos dice: “. . . la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera” (1 Timoteo 4:8). Podemos estar seguros de que él quiere buenas cosas para nosotros.

No sólo podemos creer *en* Dios sino, más aún, podemos llegar a *conocerlo* y a *creer lo que dice*. Entre estos conceptos existe una gran diferencia. Hay millones de personas que creen en Dios; suponen que existe, aunque probablemente no lo tienen muy en cuenta. Por lo tanto, Dios no es muy real para ellos, y esto afecta lo que piensan y hacen.

Por otra parte, creerle a Dios es tener fe en que él hará por nosotros todo lo que nos ha prometido. Él espera que actuemos conforme a esa creencia. Nos exige que tengamos una confianza viva en su existencia, su poder y sus promesas.

La fe no es un ingrediente mágico; no obstante, nos conduce a una actitud de verdadera confianza en Dios. La fe nos da la seguridad de que Dios tiene el poder y la voluntad de obrar en nuestra vida. A medida que se fortalece, la fe deja de ser únicamente una convicción intelectual, para convertirse en un compromiso y un modo de vivir; no solamente creemos que Dios se preocupa por nosotros, sino que nosotros deseamos hacer su voluntad. Podemos estar seguros de que la voluntad de Dios no es que llevemos una vida frívola o improductiva; su deseo es que nos conduzcamos conforme a “la piedad [que] para todo aprovecha” (1 Timoteo 4:8).

Con respecto a la fe viva, en la Biblia se nos asegura que “el justo por la fe vivirá” y que “por fe andamos, no por vista” (Romanos 1:17; 2 Corintios 5:7). Esto sólo puede ocurrir cuando verdaderamente nos arrepentimos de nuestros pecados y comenzamos a conducir nuestra vida conforme a la voluntad de Dios (Mateo 7:21-27; Lucas 6:46-49). En otras palabras, los que son guiados por el Espíritu de Dios permanecen en las enseñanzas de Jesucristo, actúan de acuerdo con la palabra de Dios y así vienen a ser los verdaderos “creyentes” (Juan 8:31; Romanos 8:14; 1 Tesalonicenses 2:13).

La Palabra de Dios tiene una buena razón para llamarlos creyentes. En el Nuevo Testamento, el sustantivo griego *pistis*, que es traducido como “fe”, está estrechamente ligado con el verbo *pisteuo*, que significa “creer” (ver el recuadro titulado “El significado de la palabra *fe*”, p. 6). Sin embargo, el concepto bíblico es mucho más amplio de lo que suelen sugerir las palabras *fe* y *creer*.

## Cómo definir lo que es fe

Aun en la actualidad, creer en alguien, en algo o en una causa es tener fe en esa persona, cosa o idea; significa creer que es verdadera y justa y que merece el apoyo y la participación de uno. De igual manera, la Biblia define que tener fe es creer absolutamente en alguien (Dios), creer y actuar conforme a la verdad de su Palabra (la Biblia) y vivir para la causa más grande de todas: el arrepentimiento y la salvación de

todo ser humano (Hechos 2:38; 17:30; 2 Pedro 3:9; 1 Timoteo 2:4; Marcos 1:14-15).

Tener fe es creer. Pero no cometamos el antiguo error de pensar que si creemos en Dios —esto es, si creemos que él existe— entonces tenemos fe. Hay muchas personas que mantienen este concepto erróneo. Dicen que creen en Dios; por tanto, piensan que tienen fe.

Desde luego, es necesario creer en Dios, pero eso no es más que el primer paso. Como dijo uno de los apóstoles: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios [los ángeles caídos] creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). Si sólo creemos, no nos diferenciamos mucho en ese aspecto de los demonios.

## El significado de la palabra *fe*

Mucha gente piensa que la fe es un sentimiento, o un conjunto de creencias que representa las convicciones de uno. Si bien es cierto que ambos conceptos encierran algunos aspectos de lo que es la fe, la definición completa es mucho más amplia. El sustantivo griego *pistis*, que es el que más comúnmente se traduce como “fe”, quiere decir “persuasión firme” y “convicción basada en el oír”. Analicemos la definición que nos da un conocido diccionario bíblico:

“ Los principales elementos en la fe en su relación con el Dios invisible, en distinción a la fe en el hombre, quedan especialmente expuestos con la utilización de este nombre [*pistis*] y de su verbo

correspondiente, *pisteuō*; son: (1) una firme convicción, que produce un pleno reconocimiento de la revelación o verdad de Dios, p.e., 2 Ts 2:11, 12; (2) una rendición personal a Él, Jn 1:12; (3) una conducta inspirada por esta rendición, 2 Co 5:7. Según el contexto, uno u otro de estos elementos queda más destacado” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, Libros CLIE, 1984, 2:120).

La fe implica una actitud, una convicción y una conducta basadas en una relación correcta con Dios. No es algo estático, sino que se fortalece y se vuelve más profunda a medida que vamos cultivando una relación cada vez más estrecha con nuestro Creador. □

Si queremos tener una relación íntima y dinámica con Dios, nuestro modelo de fe debe ser Jesucristo. Su vida es el ejemplo perfecto de la fe. A lo largo de su vida como ser humano, Jesús mostró una fe viva y alentó a otros no sólo a creer en Dios, sino también a creerle a Dios, es decir, creer lo que él dice y vivir de acuerdo con esta convicción.

Cuando Jesús supo que su amigo Lázaro había muerto, le dijo a su hermana Marta: “Tu hermano resucitará” (Juan 11:23). Ella respondió que sabía que él viviría nuevamente “en la resurrección, en el día postrero” (v. 24).

La respuesta de Marta demostró que no sólo creía en Dios, sino que creía también lo que él había prometido en las Sagradas Escrituras. Su fe era mucho más que una aceptación académica de la existencia de Dios. Ella creía la promesa de Dios de resucitar a los muertos.

Jesús le dijo entonces: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto?” (vv.25-26). Poco después de que Marta reafirmó su fe, Jesús llamó a gran voz: “¡Lázaro, ven fuera!”, y éste salió de la tumba (vv. 27-44).

Este episodio en la vida de Marta es un hermoso ejemplo de fe viviente, la clase de fe que Dios espera que tengamos a fin de poder darnos la salvación. La fe viva y activa es la confianza absoluta de que Dios puede intervenir en nuestra vida y que de hecho lo hará. Nosotros podemos tener esta clase de fe. ¡Nosotros también podemos creerle a Dios! Si lo hacemos, él estará siempre con nosotros.

En esta sociedad cínica y escéptica es muy difícil encontrar una fe genuina, activa y firme en el Dios de la Biblia. Pero esa fe, junto con las bendiciones que nos trae cuando la vivimos, está disponible para quienes realmente le creen a Dios.

### La fe es una convicción absoluta

En lo que se conoce como “el capítulo de la fe”, se nos dice: “Es, pues, la fe la certeza [el conocimiento seguro, claro y evidente] de lo que se espera, la convicción [el convencimiento pleno, absoluto] de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). La fe es nuestra seguridad de que existen cosas que aún no podemos ver.

En todo este capítulo se habla acerca de hombres y mujeres reales que fueron ejemplos de lo que es tener fe. Ellos le creyeron a Dios al

grado de arriesgar sus vidas, confiados en que él los salvaría o los resucitaría a la vida eterna en su Reino. Ellos creyeron, y su fe les dio la seguridad para seguir adelante.

La fe verdadera no es una ilusión ni es el simple deseo de que todo salga bien. Es una convicción absoluta de que Dios está profundamente interesado en nosotros y que siempre nos dará lo que más nos convenga.

Cada uno de nosotros puede tener esta clase de fe. De hecho, es necesario tenerla si queremos honrar y amar a nuestro Creador, pues “sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (v. 6).

Este versículo explica dos aspectos de la fe. El primero es que debemos creer que Dios existe, que él es el único ser perfectamente justo y que todo lo puede. Esto es algo que podemos comprender por medio de la magnificente creación física que nos rodea (Romanos 1:20). Luego debemos creer que Dios finalmente recompensará a quienes con toda humildad lo buscan y le obedecen.

### ¿Por qué muchos carecen de fe?

Mucha gente no tiene la fe de que se nos habla en la Biblia debido a que no creen ni ponen en práctica lo que Jesús enseñó: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). La mayoría ni siquiera puede nombrar los Diez Mandamientos. Algunos suponen que Jesús obedeció esos preceptos por nosotros, de manera que ya no tenemos que obedecerlos. Otros creen que lo que hagamos no importa, siempre y cuando sintamos “amor” por los demás.

Mucha gente se aferra a conceptos equivocados sobre el mensaje de Jesucristo, el evangelio. Nuestro Salvador, quien vino a predicar el evangelio del Reino de Dios, nos dice: “¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!” (Marcos 1:15, Nueva Versión Internacional). No obstante, muchísimos no han entendido nunca el verdadero evangelio que Jesús predicó, y los conceptos erróneos producen una fe defectuosa.

Ya que la fe tiene que ver con buscar activamente a Dios (Hebreos 11:6), debemos basar nuestra fe en un conocimiento correcto de las Escrituras. (Si se interesa en saber más acerca del verdadero mensaje que Jesús enseñó, nos es grato ofrecerle, sin costo alguno para usted, el folleto titulado *El evangelio del Reino de Dios*.)

Cambiar nuestra forma de vivir para someternos a Dios —lo que en la Biblia se llama arrepentirse— se basa en la convicción de que Dios intervendrá en nuestra vida y, finalmente, nos dará la vida eterna. Para poder recibir la salvación es necesario tener fe, que implica tanto conocimiento como acción. En resumidas cuentas, Dios no va a darle la salvación a alguien que no le cree ni le obedece, pues tal persona sólo se amargaría la vida eternamente a sí misma y también a los demás. Por lo tanto, si no tenemos fe verdadera, tampoco tenemos esperanza.

### La fe incluye humildad

Tener fe es comprender la grandeza de Dios en comparación con nuestra insignificancia. Esta clase de fe raramente se encuentra en nuestro mundo lleno de orgullo y vanidad. Llegar a comprender que Dios tiene poder infinito y que nosotros necesitamos desesperadamente su ayuda, es de hecho muy reconfortante.

Los antiguos griegos creían (tenían “fe”) que Atlas, uno de sus dioses, sostenía el mundo en los hombros. Si nosotros nos rehusamos a tener una fe viva en Dios al no someternos a su voluntad, estamos siendo Átlases al tratar de llevar en los hombros nuestro propio mundo; este es un esfuerzo agobiante e inútil. Esa actitud finalmente conduce a la frustración, la tristeza y el sufrimiento porque, por nosotros mismos, no sabemos cómo llevar una vida feliz y productiva, ni somos capaces de encontrar el camino que nos conduzca a la vida eterna (Jeremías 10:23; Proverbios 14:12).

Por otra parte, tener fe es saber con absoluta certeza que el mismo Dios que mantiene a nuestro planeta en su órbita también quiere guiar nuestro mundo personal. Tal fe nos proporciona confianza y gran paz mental, así como la firme esperanza en un futuro brillante y eterno.

### La fe, las obras y la gracia

No es suficiente con decir sencillamente: “Yo creo”, sin hacer los cambios necesarios en nuestro modo de vivir. El simple reconocimiento de la existencia de Dios no produce una relación correcta con él. Como ya vimos antes, incluso los demonios “creen” (Santiago 2:19). Lo que Jesús nos manda es que nos arrepintamos (Marcos 1:15; Hechos 17:30). (Para una exposición más completa de lo que es el arrepentimiento, no deje de solicitarnos el folleto titulado *El camino hacia la vida eterna*.)

El arrepentimiento no es algo que sucede así no más. Exige esfuerzo y compromiso. La verdadera fe tiene que ser alimentada, nutrida y cultivada espiritualmente. Jesús nos advierte el peligro de la fe falsa, la que es inmadura e incompleta: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

Pero ¿qué de esta afirmación del apóstol Pablo: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8)? ¿Acaso Pablo predicó una fe en la que no es necesario obedecer?

Desde luego que no. Este versículo nos muestra que la gracia de Dios —su favor inmerecido— es una dádiva. Sencillamente es un error suponer que, debido a que la gracia es una dádiva, no necesitamos demostrar, por la forma en que nos conducimos, nuestra actitud de arrepentimiento y nuestra fe (Santiago 2:14-26). La realidad es que nuestra salvación viene por medio de esa dádiva de su gracia y de la fe, la cual Dios mismo nos ayuda a ir cultivando a lo largo de nuestra vida. Debemos tener una fe viva, no una fe vacía e inactiva.

## El libro de Santiago: ¿Una ‘epístola de paja’?

El reformador Martín Lutero se refirió al libro de Santiago como una “epístola de paja”. Frustrado por la actitud de los dirigentes religiosos que decían que esta epístola respaldaba sus conceptos erróneos de que la gente se ganaba la salvación por medio del dinero que daba a la iglesia, Lutero llegó a esta errónea conclusión. Quizá cansado ya de tanta discusión, no fue capaz de entender esta epístola y no quiso

aceptar lo que Santiago dijo cuando afirmó que, necesariamente, las obras demuestran la fe.

Hoy en día, muchos aplican mal las palabras de Lutero porque no entienden las circunstancias que las originaron. Martín Lutero vivió una vida de castidad y dedicación, pero en ocasiones sus vehementes palabras y discusiones han sido sacadas de su contexto histórico con el fin de disculpar estilos de vida desordenados.

En la Biblia claramente se nos dice que la salvación se obtiene por la gracia de Dios, no por medio de buenas obras, “para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9). Pero somos salvos por gracia por medio de la fe (v. 8). El peligro es que nuestra fe puede morir si descuidamos nuestra salvación al no vivir en obediencia a Dios (Hebreos 2:1-3). Por eso el apóstol Pablo escribió: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27).

Las obras que hagamos no nos hacen merecedores de la salvación. Pero en la epístola de Santiago claramente se nos dice que la fe sin obras está muerta (Santiago 2:17, 20, 26); en otras palabras, es completamente inútil. (Ver el recuadro de la página 10, titulado “El libro de Santiago: ¿Una ‘epístola de paja’?”)

Este fiel siervo de Dios y medio hermano de Jesús escribió: “Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:21-22). Luego, en el

Jesucristo espera hechos — obras— de nosotros, pues él mismo declaró: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

En Hebreos 2:17 se nos dice que Jesús es nuestro sumo sacerdote misericordioso. Las obras y la gracia van de la mano. Santiago, un medio hermano de Jesús, escribió su epístola de acuerdo con las enseñanzas e instrucciones de éste. Santiago no sólo habló acerca de las obras, sino también acerca de la gracia, y dijo: “El Señor es muy misericordioso

y compasivo” (Santiago 2:14-17; 4:6; 5:11).

En la Biblia, es clara e invariable la enseñanza de que la salvación es una dádiva de Dios. Pero, aunque es una dádiva, algo que no nos podemos ganar, es necesario que obedezcamos a Dios si queremos recibirla.

El apóstol Pablo escribió: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios . . . somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:8-10). Santiago lo resume de esta manera: “La fe sin obras es muerta” (Santiago 2:20). □

versículo 25 leemos que quien “mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace”.

La fe verdadera exige mucho más que palabras. Requiere un compromiso férreo y la prueba de tal compromiso. En forma retórica, Santiago pregunta: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle?” (Santiago 2:14). Claramente nos muestra que las puras palabras de nada sirven cuando alguien necesita comida o vestido (vv. 15-17). Luego, en los versículos 21-22 menciona la fidelidad de Abraham, cuya fe “se perfeccionó por las obras”.

Cuando correspondemos al amor de Cristo obedeciendo sus mandamientos (Juan 14:12-15), nuestra fe cobra vida y viene a ser dinámica. No nos equivoquemos: No seremos salvos por gracia por medio de una fe muerta.

### **La fe viva entre los incrédulos**

Después de que Jesús resucitó, uno de sus discípulos dijo que no creería que había vuelto a la vida hasta que viera las señales de los clavos en sus manos y metiera la mano en su costado donde había penetrado la lanza. Tomás buscaba pruebas visibles, tangibles, de que su Maestro había resucitado. Más tarde, Jesús le proporcionó esas pruebas y así le demostró que Dios y su plan de salvación eran una realidad, y lo exhortó a que no fuera incrédulo (Juan 20:24-29).

Aunque Tomás había sido testigo de muchos de los milagros que Jesús había hecho, aún dudaba de la resurrección. A pesar de que sus compañeros le aseguraron que lo habían visto cara a cara, se rehusó a creerles; sencillamente no podía creer que su Señor había resucitado de entre los muertos como él mismo lo había predicho. ¿No estaremos nosotros como Tomás, dudando de la veracidad del testimonio de muchos testigos que vieron a Jesús resucitado? ¿Creeremos y confiaremos en Dios y sus promesas? Lamentablemente, nos resulta difícil tener una fe viva; en cambio, dudar es muy fácil (Santiago 1:6-8).

La sociedad en que vivimos pareciera que fuera diseñada para minar la fe. Los sistemas educativos, los medios publicitarios y los espectáculos que divierten a las masas son excesivamente mundanos y minan los principios morales de la Biblia. A lo largo de la historia hemos sido

atraídos hacia lo material, y al mismo tiempo nos hemos olvidado de Dios. Todo —la ciencia, la filosofía, la historia— se reduce al plano físico. El resultado es previsible y obvio: Muy pocos saben lo que Dios espera de nosotros, y menos aún son los que confían en él para que guíe sus vidas. ¿Acaso no hay fe ni esperanza espiritual para nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos?

A pesar de que tener la fe viva es muy difícil en esta época de dudas y materialismo, en la Biblia se nos asegura que algunos poseerán este maravilloso atributo al final de esta era (Apocalipsis 14:12), cuando Jesucristo regresará como Rey de reyes y Señor de señores. El hecho de que algo sea difícil de lograr no quiere decir que sea imposible, especialmente cuando se cuenta con la ayuda de Dios.

La fe verdadera no sólo es posible, sino que está a nuestro alcance. El apóstol Pablo dice: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32).

Dios nos dio su Palabra escrita —la Biblia— para que así pudiéramos tener esperanza y recibir instrucción por medio de los ejemplos de otros (Romanos 15:4; 1 Corintios 10:6; 2 Timoteo 3:16-17). Cuando leemos en la Biblia algunas de las experiencias por las que pasaron estas personas, encontramos ejemplos prácticos de cómo actúa la fe viva.

En el próximo capítulo analizaremos las vidas de hombres y mujeres quienes, con la ayuda y la motivación de Dios, llegaron a tener una fe viva.

# Ejemplos de la fe viva

*“Mas estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros . . .” (1 Corintios 10:6).*

**A** muchos nos fascinan los relatos de la vida real. Nos gusta escuchar acerca de cómo reaccionan otras personas cuando se enfrentan a situaciones adversas o problemas serios. Esto resulta muy evidente cuando vemos el enorme interés que despiertan los inspiradores relatos de algunas revistas y periódicos. Cuando nos enteramos de cómo otras personas han tenido éxito, nos sentimos motivados para triunfar también.

Como sabemos que Dios inspiró las Escrituras “a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:17), debemos estudiar su Palabra regularmente. Ningún otro libro cuenta con tal aprobación divina. En las Escrituras encontramos muchos relatos de triunfo, que han sido escritos para nuestro beneficio. La Biblia nos habla de personas que tuvieron que afrontar grandes desafíos. Aunque vivieron hace muchos siglos, sus historias fueron preservadas como ejemplos perennes para nosotros.

En su primera carta a la iglesia de Corinto, escrita a mediados del primer siglo, el apóstol Pablo les recordó algunos de los acontecimientos más importantes que había vivido el pueblo de Israel unos 1.500 años antes (1 Corintios 10:1-10). En el versículo 11 leemos que “estas cosas les acontecieron como ejemplo, y están escritas para amonestarnos a nosotros, a quienes han alcanzado los fines de los siglos”.

Los ejemplos que Pablo mencionó no son cuentos de hadas; son historias verídicas y reales. La Biblia no adorna a sus héroes ni disfraza a sus pecadores. Es un relato de personas de verdad, que vivieron experiencias reales, tanto buenas como malas. Todos ellos tuvieron que bregar con debilidades, temores, esperanzas y deseos, al igual que nosotros.

Cuando sabemos que los hombres y mujeres mencionados en la Biblia también tuvieron necesidades o sufrimientos, esto puede infundirnos aliento y esperanza (Romanos 15:4). Podemos aprender de ellos al ver los resultados de sus decisiones.

Analícemos algunos de los ejemplos positivos que hay en las Escrituras, que pueden alentarnos e instruirnos en los caminos de Dios.

## Abraham y Sara

Después que Abel, Enoc y Noé habían vivido sus vidas de fe (Hebreos 11:4-7), Dios llamó a Abram (cuyo nombre cambió por el de Abraham; Génesis 17:5). La vida de Abraham y de su esposa Sarai (a quien Dios llamó Sara; v. 15), es digna de reflexión, ya que él vino a ser el “padre de todos los creyentes no circuncidados . . . y padre de la circuncisión . . . que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham . . .” (Romanos 4:11-12). Asimismo, en 1 Pedro 3:6 se menciona a Sara como un gran ejemplo para las esposas. En el capítulo 11 de Hebreos, conocido como “el capítulo de la fe”, encontramos que ambos son considerados como ejemplos de fe.

“Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber a dónde iba. Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hebreos 11:8-10).

Podemos apreciar la obediencia de Abraham en un relato muy anterior, cuando Dios le dijo que saliera de su tierra para ir a un lugar desconocido: “Y se fue Abram, como el Eterno le dijo . . .” (Génesis 12:4).

Una de las cualidades sobresalientes de Abraham era su confianza absoluta en las promesas de Dios. Aunque Abraham no había tenido hijos, cuando Dios le dijo que engendraría un heredero y que sus descendientes serían tan numerosos como las estrellas del cielo, él le creyó, “y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6).

Igualmente, Sara fue un ejemplo de fe: “Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir; y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido” (Hebreos 11:11).

¿Cuál fue el resultado de la fe que demostraron Abraham y Sara? Aunque ambos eran de edad bastante avanzada y Sara ya no podía concebir (Génesis 18:11), Dios hizo tal como lo había dicho: “Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho” (Génesis 21:1-2). “Por lo cual ... de uno, y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud ...” (Hebreos 11:12).

## Cuando parece que Dios no nos escucha ni contesta

Una de las cosas más desalentadoras y destructivas de nuestra fe es el creer que Dios no escucha nuestras oraciones, o que no nos contesta, o que no le importa nuestro sufrimiento. Es fácil pensar así cuando Dios no nos responde en el momento y en la forma en que nosotros queremos.

El apóstol Pablo pudo haber llegado a la conclusión de que Dios no le escuchaba. Al fin y al cabo, él le pidió que lo librara de una aflicción seria; pero Dios no le concedió su petición.

¿Quiere decir esto que Pablo no tenía la suficiente fe? Claro que no. Su vida es un ejemplo de lo que es tener una fe viva.

Notemos lo que dice el apóstol al respecto: “Me fue dado un aguijón en mi carne, un mensajero de

Satanás que me abofetea . . . respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí” (2 Corintios 12:7-8).

¿En qué consistía esa prueba, ese mensajero de Satanás? A juzgar por algunos comentarios que Pablo hace en sus epístolas, podemos deducir que tal vez se trataba de algún problema en sus ojos: “Vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; y no me despreciasteis ni desechasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo, antes bien me recibisteis . . . os doy testimonio de que si hubieseis podido, os hubierais sacado vuestros propios ojos para dármelos” (Gálatas 4:13-15). Casi al final de la epístola dice: “Mirad con cuán grandes letras os escribo de

Abraham y Sara tuvieron muchas otras pruebas, y en algunas de ellas su fe flaqueó. En dos ocasiones, Abraham hizo una declaración engañosa porque temía por su vida, y dijo que Sara era su hermana en lugar de su esposa (Génesis 12:12-13; 26:7). Cuando a Sara se le dijo que concebiría un hijo, se rió pensando que eso no era posible por la edad de ella y la de su esposo (Génesis 18:9-12).

Abraham y Sara no eran perfectos, pero nos dieron ejemplo de lo que es vivir con fe y confianza en Dios. Ellos trataron de hacer lo que Dios les mandó, al tiempo que con fidelidad esperaban el cumplimiento de sus promesas. Por el hecho de haber vivido obedeciendo a Dios y

mi propia mano” (Gálatas 6:11). Quizá Pablo tenía que escribir en letras grandes para poder leer lo que escribía.

Años después, les escribió a los corintios y les dijo que tres veces le había rogado a Dios que le quitara ese “aguijón” (2 Corintios 12:7-8). La brevedad de este comentario no debe hacernos suponer que las oraciones de Pablo no fueron fervorosas. Él quería ser librado de ese impedimento a fin de poder predicar el evangelio en forma más eficiente y cuidar de las congregaciones que Dios había formado por su conducto.

### La respuesta de Dios

Pablo pudo haber pensado que Dios no había escuchado sus ruegos. Sin embargo, no fue así. Dios simplemente le dio una respuesta inesperada: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9).

Aquí no es claro si Dios le dijo estas palabras directamente a Pablo, o si Pablo gradualmente llegó a entender cuál era la voluntad de Dios en este caso. Lo que sí es claro es que Pablo pudo llegar a un entendimiento espiritual más profundo que reafirmó su fe y su dedicación a Dios.

El apóstol pudo entender que el crédito de lo que lograra no le correspondía realmente a él sino a Dios y a Jesucristo, y que su debilidad lo acercaba más a esa fuente de poder: “Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte” (vv. 9-10).

La experiencia de Pablo permanece como una lección espiritual  
(Continúa a la vuelta)

creyendo firmemente en sus promesas hasta el momento de su muerte, él “no se avergüenza de llamarse Dios de ellos” (Hebreos 11:13-16).

### El rey David

Siglos más tarde apareció David, otro hombre de fe. Mucho se ha escrito acerca de él, tanto acerca de su juventud, como de la época posterior cuando llegó a ser el segundo rey de Israel. Su vida, en general, es un ejemplo de fe viva en Dios.

David tenía plena confianza de que Dios lo ayudaría cuando, a pesar de ser muy joven, se enfrentó al gigante Goliat. Cuando Saúl trató de disuadirlo porque aún era un muchacho, le respondió: “El Eterno,

*(Viene de la página anterior)*

para nosotros. En ciertas ocasiones la respuesta que Dios nos da puede ser “no” o “todavía no”. Él nunca tuvo la intención de que nuestros cuerpos físicos fueran imperecederos. Nos dio una existencia que puede durar hasta 70 años o más (Salmos 90:10). Su mayor interés es que vayamos forjando un carácter justo y que cultivemos una relación estrecha e íntima con él que dure toda la eternidad. Quiere resucitarnos a la vida eterna y darnos un cuerpo libre de debilidades, enfermedades y muerte: un cuerpo espiritual e inmortal (1 Corintios 15:40-44, 50-54).

Mientras llega este momento, Pablo entendió que nuestro amoroso Dios jamás permitirá que tengamos pruebas que no podamos vencer con su ayuda: “No os ha sobrenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios,

que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13). Algunas veces, esa “salida” es sencillamente la determinación de sobrellevar la prueba hasta el final.

#### Sumisión a Dios

Pablo no fue el único que aprendió que la verdadera fe viva, la que produce obras según la voluntad de Dios, es mucho más importante que la salud física y la longevidad. El mismo Jesús, sabiendo que en unas pocas horas más estaría enfrentándose a una muerte horripilante, de rodillas clamó: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa” (Mateo 26:39). A Jesús le angustiaba el tener que pasar por tan tremendo sufrimiento, pero sabía que su muerte haría posible la redención de toda la hu-

que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, él también me libraré de la mano de este filisteo” (1 Samuel 17:37). Siendo ya adulto, Dios lo llamó un “varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero” (Hechos 13:22).

Al igual que David, todos tenemos que enfrentarnos a nuestros leones, osos y Goliats; es decir, las adversidades y pruebas que pueden abrumarnos. Así como Dios ayudó y libró a David, también puede hacerlo con nosotros. Dios ciertamente puede intervenir en nuestra vida y ayudarnos, siempre y cuando le obedecemos y tengamos confianza en él. Dios no cambia (Malaquías 3:6; Hebreos 13:8), de manera que podemos confiar en su poder para ayudarnos.

manidad. Por eso dijo: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú” (v. 39; Lucas 22:42). Jesucristo, nuestro ejemplo perfecto, sabía que la voluntad del Padre era más importante que la de él.

Dios sabe qué es lo mejor para nosotros, aunque no sea lo que queramos o deseamos en el momento. Uno de los apóstoles nos recomienda: “[Echad] toda vuestra ansiedad sobre [Dios], porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7). Por otra parte, Pablo nos dice que debemos estar persuadidos de que “el que comenzó en [nosotros] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Filipenses 1:6). Debido a que Dios está trabajando con nosotros con la perspectiva mucho más amplia de ayudarnos a adquirir fe y formar un carácter santo y justo, no siempre contesta nuestras oraciones como nosotros lo deseamos.

#### Unos fueron librados, otros no

En Hebreos 11 se nos dice que algunas mujeres “recibieron sus muertos mediante resurrección; mas otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada . . . Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (vv. 35-40).

Dios no contesta siempre nuestras oraciones como nosotros esperamos, y no siempre nos libra instantáneamente de nuestras pruebas. Sin embargo, él siempre hace lo que es mejor para nosotros. □

### Tres jóvenes judíos

Quizá en alguna ocasión usted oyó hablar de Sadrac, Mesac y Abed-nego (Daniel 3). Estos tres jóvenes arriesgaron sus vidas cuando decidieron no adorar la estatua de oro del rey Nabucodonosor. Hacerlo hubiera sido quebrantar el segundo mandamiento de la ley de Dios (Éxodo 20:4-6), pero por rehusarse ellos a adorar la imagen, serían arrojados vivos dentro de un horno de fuego.

Leamos su inspiradora respuesta al monarca babilonio cuando éste les dio la última oportunidad para arrodillarse ante su estatua: “No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede libramos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librá. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3:16-18).

Ellos prefirieron arriesgar sus vidas antes que violar su compromiso de obedecer a Dios. Sabían que Dios *podía* librarlos, pero ignoraban si de hecho lo haría en ese momento. Sin importarles lo que sucediera, la firmeza de su fe los hizo poner a Dios primero, un principio en el que Jesús hizo hincapié (Mateo 6:33).

Como una muestra de su poder, Dios intervino y los libró de la muerte. Y aunque permitió que fueran atados y lanzados dentro del horno que había sido calentado más de lo acostumbrado, no sufrieron daño alguno (Daniel 3:25-27). ¡Los tres salieron ilesos del horno!

Aunque nuestras dificultades no lleguen a ser tan graves, a nosotros sí nos pueden parecerlo cuando las tenemos que afrontar. El ejemplo de Sadrac, Mesac y Abed-nego nos recuerda que Dios ciertamente interviene en la vida de los que confían en él (Salmos 37:4-7; 118:6-8; Proverbios 3:5-6).

### Meditemos en estos ejemplos

En los ejemplos que hemos examinado, la obediencia aparece como uno de los frutos principales de la fe. La fe verdadera conduce inevitablemente a la *acción*. Por eso es que en el pasaje de Santiago 2:14-26 se nos advierte que “la fe sin obras es muerta”. La verdadera fe nos lleva a hacer lo que Dios dice que es bueno y correcto, y a estar dispuestos a aceptar las consecuencias de nuestra decisión.

Los ejemplos y el testimonio de los hombres y mujeres que encontramos en Hebreos 11 nos demuestran que podemos creerle a Dios. Él no miente (Tito 1:2), y, como nuestro Padre amoroso y fiel, se deleita en proveer lo que necesitamos: “Toda buena dádiva y todo don perfecto es de lo alto, y desciende del Padre de las luces, en quien no hay mudanza, ni sombra de variación. Por su voluntad él nos engendró por la Palabra de Verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:17-18, Nueva Reina-Valera).

A quienes se sometan a la voluntad de Dios, él les ha prometido amor, protección y fidelidad (Salmos 33:4; 37:28; 97:10; Proverbios 2:8; 2 Tesalonicenses 3:3). Estas promesas son absolutamente seguras.

Algunos podrán pensar que los ejemplos de Hebreos 11 no se aplican a la gente común. Quizá supongan equivocadamente que estas personas eran tan fuertes espiritualmente que les era fácil confiar en Dios. Pero la realidad es que la fe no se adquiere de la noche a la mañana; todos tenemos que ir fortaleciéndola.

Inicialmente, recibimos la fe por medio del Espíritu de Dios, pues es un fruto del Espíritu Santo que Dios nos da cuando nos arrepentimos y somos bautizados (Gálatas 5:22; Hechos 2:38). (Para más información acerca de estos temas, no deje de solicitarnos dos folletos gratuitos: *Nuestro asombroso potencial humano* y *El camino hacia la vida eterna*.)

Dios empieza el proceso de reconciliarnos con él cuando nos llama (Juan 6:44) y nos guía al arrepentimiento (Romanos 2:4).

Pero la fe que Dios nos da cuando somos bautizados tiene que ser alimentada y fortalecida. Se nos advierte que no descuidemos nuestra salvación (Hebreos 2:3) ni apaguemos el Espíritu de Dios (1 Tesalonicenses 5:19). Dios espera que tengamos fe, y son nuestras obras (nuestros esfuerzos para hacer la voluntad de Dios) lo que demuestran que la tenemos (Santiago 2:20). Es nuestra responsabilidad hacer que crezca nuestra fe (2 Pedro 3:18).

Desde luego, Dios también desempeña un papel esencial en el fortalecimiento de la fe, porque solos no podemos crear fe ni hacerla crecer. Por eso en la Biblia se nos dice que debemos tener “la fe *de* Jesucristo” (Gálatas 2:16; Filipenses 3:9). Como hicimos notar en el capítulo anterior, creer en Dios significa mucho más que el simple hecho de reconocer su existencia. La fe es una relación con Dios que madura y se profundiza con el tiempo.

## Más ejemplos de la fe verdadera

Hay otros personajes bíblicos no tan conocidos, pero que también mostraron gran fe en Dios. Sus ejemplos son inspiradores y además nos muestran que Dios no hace acepción de personas (Hechos 10:34-35). Sin importar cuáles sean las circunstancias, todos podemos tener una fe firme.

En el primero de los cuatro evangelios encontramos varios ejemplos muy claros de fe. Uno es el caso de un leproso que fue sanado al postrarse ante Jesús y decirle: “Señor, si quieres, puedes limpiarme” (Mateo 8:2).

Otro caso es cuando Jesús le dijo a un centurión que iría a su casa para sanar a su sirviente. La fe que este oficial romano tenía en el poder de Jesús era tan grande, que sabía que no tenía que estar junto a su sirviente para poder sanarlo. Por lo tanto, le respondió: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará” (v. 8). Jesús quedó tan impresionado con tal fe que dijo a los que lo seguían: “De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe”. Y al centurión le dijo: “Ve, y como creíste, te sea hecho” (vv. 10, 13). El criado fue sanado en ese momento.

Tenemos también el ejemplo de una mujer que padecía de un “flujo de sangre” desde hacía 12 años, quien se acercó a Jesús para ser sanada (Mateo 9:20). Ella creía que todo lo que tenía que hacer era tocar la ropa de Jesús. Al notar su presencia, él le dijo: “Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado” (v. 22). Esta mujer también fue sanada de inmediato.

Un ejemplo más de fe es el de dos ciegos que vinieron a Jesús para que los sanara. Cuando les preguntó: “¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: Sí, Señor. Entonces les tocó los ojos, diciendo: Conforme a vuestra fe os sea hecho. Y los ojos de ellos fueron abiertos” (vv. 28-30).

Hay muchos otros ejemplos de personas que fueron sanadas durante el ministerio de Jesús. A pesar de que nuestra sociedad relega a Dios al olvido, no podemos eludir los asuntos de vida o muerte. Aun en el caso de que podamos tener la mejor atención médica, nuestra vida en última instancia está en manos de Dios porque, como dijo el apóstol Pablo, “en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17:28).

Aunque a los cristianos se les aconseja llamar a los ancianos de la Iglesia cuando se enferman (Santiago 5:14-15), también es prudente

buscar la ayuda y el consejo de médicos competentes. No hay nada malo en buscar la atención profesional cuando estamos enfermos. A Lucas, el compañero de viajes de Pablo y autor del evangelio que lleva su nombre y del libro de los Hechos, en Colosenses 4:14 se le menciona como “el médico amado”.

En Mateo 9:12 podemos ver que Jesús mismo reconoció la necesidad que tenemos de los médicos para cuidar de nuestra salud. En el ejemplo que mencionamos anteriormente acerca de la mujer que fue sanada de un flujo de sangre con sólo tocar la ropa de Jesús, otro de los evangelistas agrega que ella “había gastado en médicos todo cuanto

## Los enemigos de la fe

¿Alguna vez se ha preguntado por qué no vemos más ejemplos de fe? En la Biblia se mencionan varios factores que minan la fe. Entre ellos están:

- *El afán.* Jesús nos advirtió: “No os afanéis . . . buscad primeramente el reino de Dios y su justicia . . .” (Mateo 6:25-33).

- *El temor.* En cierta ocasión los discípulos viajaban en una barca y se desencadenó una tormenta; asustados, despertaron a Jesús rogándole que los salvara. “¿Por qué teméis, hombres de poca fe?”, les dijo. Luego reprendió al viento y al mar, y hubo gran calma (Mateo 8:23-26).

- *La duda.* Otra ocasión en que los discípulos atravesaban el mar de Galilea, Pedro vio a Jesús caminando sobre las aguas y le preguntó si él podía hacer lo mismo. Jesús lo invitó a que lo acompa-

ñara, y Pedro también empezó a caminar sobre las aguas. “Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo” y comenzó a hundirse (Mateo 14:30). Entonces “Jesús, extendiendo la mano, asió de él, y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (v. 31).

- *El razonamiento humano sin el entendimiento espiritual.* Jesús les advirtió a sus discípulos: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (Mateo 16:6). Les estaba previniendo contra las enseñanzas de los dirigentes religiosos que aparentaban ser justos (v. 12), pero que carecían del verdadero entendimiento espiritual. Por cuanto los discípulos no entendían este principio espiritual, al comienzo no entendieron de lo que él les estaba hablando (vv. 7-12). □

tenía, y por ninguno había podido ser curada” (Lucas 8:43). Jesús no le negó la sanidad ni la condenó por haber acudido a los médicos. Por el contrario, él alabó su fe.

Ciertamente la resurrección es una promesa segura; sin embargo, debemos recordar que nuestra vida es temporal y nadie puede escapar a la muerte (1 Corintios 15:22; Hebreos 9:27). En comparación, nuestra fe tiene un significado eterno. Por eso Pablo dijo: “Por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7), y: “El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).

Al final del “capítulo de la fe” leemos que nosotros también podemos participar en ese futuro que Dios ha prometido a todas estas personas cuyas vidas fueron ejemplos sobresalientes de fe: “Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39-40). Nosotros podemos llegar a ser “perfeccionados” junto con todas estas personas que tuvieron una fe tan grande. El próximo capítulo podrá ayudarle a entender cómo se llevará esto a cabo.

## Cómo fortalecer la fe

*“El justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17; Gálatas 3:11; Hebreos 10:38).*

**E**n los capítulos anteriores vimos cómo se define la fe en la Biblia y analizamos algunos ejemplos de la fe viva que ejercieron los fieles siervos de Dios. También aprendimos que es imprescindible que tengamos fe para que Dios nos dé el don de la vida eterna. Ahora bien, ¿cómo podemos adquirir una fe activa en este mundo incrédulo en que vivimos?

No se sienta desanimado si usted piensa que no tiene fe. En ciertas ocasiones las personas que profesan creer en Dios se avergüenzan cuando se enfrentan a una crisis y se dan cuenta de que su fe es débil. Quizá esto le suceda a usted; pero no se desespere. En la Biblia podemos ver que aun hombres y mujeres de gran fe tuvieron que enfrentarse algunas veces a situaciones que eran verdaderos desafíos para su confianza en Dios.

Se nos habla de su angustia al tener que enfrentarse a estas pruebas. En Hebreos 11:34 leemos que ellos “sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas”. La fe de estos hombres y mujeres se fortaleció por medio de las adversidades y, también, por los reveses y fracasos que experimentaron en ciertas ocasiones.

### El caso de Jeremías

Uno de ellos fue el profeta Jeremías, quien se cuenta entre los que sufrieron “prisiones y cárceles” (Hebreos 11:36; Jeremías 37:15-16). Jeremías no sólo fue encarcelado, sino que también lo metieron en una cisterna llena de cieno (Jeremías 38:6). Esta era la tercera vez que el

profeta era encarcelado y fue la más dura. Llegó a ser tan terrible esa situación que estuvo a punto de morir (v. 10).

El encarcelamiento injusto de Jeremías fue la culminación de un largo período de abusos que sufrió a manos de su propia gente. Dios lo había llamado para que le profetizara y advirtiera al pueblo de Judá que, debido a sus pecados, su país sería invadido por extranjeros. En lugar de arrepentirse ante las advertencias de Dios, el pueblo se volvió con odio contra Jeremías y trataron de asesinarlo (Jeremías 11:19, 21). Lo acusaron de traición, lo detuvieron, lo llevaron ante el rey y lo metieron en prisión.

Jeremías tuvo que luchar espiritualmente contra tan obstinada oposición. Al principio, él no quería profetizar; manifestó sus temores y hasta acusó a Dios de forzarlo a ser profeta (Jeremías 1:4-8; 20:7). Hubo un momento en que tomó la decisión de no hablar más en nombre de Dios (v. 9), pero sus convicciones lo impulsaron a continuar. A medida que su lucha proseguía, llegó incluso a desear no haber nacido nunca (v. 14).

La vida de Jeremías fue una lucha constante. No era la clase de persona que siempre está sonriente y satisfecha, ajena por completo a las dudas. Por el contrario, el relato de la Biblia nos habla de un hombre muy humano que luchaba y era débil. Pero salió adelante por medio de su fe en Dios. Clamó a su Creador: “Sáname, oh Eterno, y seré sano; sálvame, y seré salvo . . . pues mi refugio eres tú en el día malo” (Jeremías 17:14, 17).

Dios libró a Jeremías de la mazmorra y de la muerte, y en la actualidad es reconocido como un gran siervo de Dios. Su vida fue grata a Dios y será resucitado al momento del retorno de Jesucristo. La vida de Jeremías no fue nada fácil, pero su fe maduró y se fortaleció por medio de sus pruebas.

Muchos otros hombres y mujeres clamaron a Dios en momentos difíciles, cuando sintieron que su fe flaqueaba. Si obedecemos y servimos a Dios nos veremos en situaciones que pondrán a prueba nuestra fe. El apóstol Pablo nos dice que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Timoteo 3:12). Necesitamos acudir a Dios y pedirle que nos ayude a cultivar una relación estrecha, íntima y amorosa con él, que nos capacite para soportar tales pruebas.

Quizá lleguemos a encontrarnos en una situación semejante a la de cierto padre que tenía un problema muy grave: su hijo estaba poseído

por un demonio y quería que Jesús lo sanara. Jesús le dijo: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible”, pero el hombre sabía que su fe no era muy fuerte. Así que angustiado le clamó: “Creo; ayuda mi incredulidad” (Marcos 9:23-24).

Jesús no condenó ni rehusó ayudar a este hombre cuya fe era débil. Tampoco dejará de ayudarnos a nosotros cuando nuestra fe sea débil. Pero hay algo que nosotros debemos hacer en estas circunstancias.

### Fortalecernos en fe

Dios espera que nuestra fe se vaya fortaleciendo. Es imprescindible que así sea, porque sin fe jamás podremos agradar a Dios (Hebreos 11:6). La fe es uno de nuestros recursos más valiosos y una clave para todo lo que es importante. Sólo por medio de la fe podemos recibir la aprobación de Dios. Aquellos cuyos ejemplos están consignados en Hebreos 11 “alcanzaron buen testimonio mediante la fe” (v. 39).

Debido a la fe que ellos tuvieron, Dios los resucitará cuando Jesucristo retorne a la tierra (1 Corintios 15:50-52; 1 Tesalonicenses 4:15-16). La fe es una clave importantísima para poder entrar en el Reino de Dios y recibir la vida eterna.

Como lo explicamos antes, la fe no es algo de lo que podamos revestimos por nosotros mismos y decidir que nunca dudaremos al respecto. Más bien, la fe verdadera surge como resultado de una relación profunda y madura con Dios. Notemos lo que podemos hacer para reafirmar la más importante de todas nuestras relaciones.

### La vital importancia de la oración

Empezamos nuestro camino hacia una vida de fe *pidiéndosela a Dios*. Él quiere que tengamos fe, y está deseoso de dárnosla (Lucas 11:9-13). Debemos pedirselo en oración, y debemos hacerlo “siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). Orar pidiendo fe debe ser algo que hacemos todos los días.

En muchos pasajes de la Biblia se nos muestra que debemos mantenernos en contacto diario con Dios (Mateo 6:11; Lucas 11:3; 2 Corintios 4:16). Para asegurarse de tener una estrecha relación con su Hacedor, el rey David oraba tres veces al día (Salmos 55:16-17). En Daniel 6:10 podemos leer que este profeta así lo hacía también. La oración, junto con el estudio diario de las Escrituras, es uno de los aspectos más

importantes de nuestra relación con Dios. Es una forma en que le expresamos nuestro amor, así como nuestras preocupaciones. Esta comunicación sincera con Dios acrecienta nuestra fe.

Otro resultado de la oración es que Dios nos responde. Notemos la siguiente promesa: “Si . . . busques al Eterno tu Dios, lo hallarás, si lo busques de todo tu corazón y de toda tu alma” (Deuteronomio 4:29).

Si de todo corazón oramos a Dios y le pedimos que fortalezca nuestra fe, no nos lo negará. Él quiere darnos dones espirituales tal como un padre amoroso quiere dar de comer a sus hijos hambrientos (Lucas 11:11-12). Jesús nos aseguró que cualquier cosa que pidiéramos en su nombre, Dios nos la daría (Juan 14:13; 15:16; 16:23).

### Estudiar la Biblia diariamente

Nosotros hablamos con Dios por medio de la oración, y él nos habla por medio de su Palabra escrita.

En la Biblia se nos dice que “la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17). Recordemos lo que es la fe. En su forma más sencilla, la fe es la confianza de que Dios hará lo que dice que hará (Romanos 4:20-21). Para saber lo que Dios nos dice, debemos estudiar en la Biblia las palabras que él inspiró a ciertos hombres. Esas palabras nos explican cómo quiere él que vivamos, y nos dicen lo que hará por nosotros. En la Biblia encontramos también muchos relatos acerca de cómo Dios ha intervenido en la vida de individuos, familias, naciones y, de hecho, de toda la humanidad.

A medida que estudiamos las Sagradas Escrituras y oramos, nuestra fe va fortaleciéndose en dos formas. Por una parte, nos enteramos de las cosas que Dios nos promete, las cuales podemos reclamar. Y por otra, los inspiradores relatos de la Biblia nos tranquilizan y ayudan a fortalecer nuestra fe.

Refiriéndose a la Palabra de Dios, Pablo dijo: “Las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4). Conforme aumenta nuestra esperanza, puede fortalecerse también nuestra fe. (Si usted desea sacar más provecho del estudio de la Biblia a fin de fortalecer y reafirmar su fe, no deje de solicitarnos dos folletos gratuitos: *¿Se puede confiar en la Biblia?* y *Cómo entender la Biblia*, los cuales pueden serle de mucho beneficio.)

### La obediencia a Dios

Otro paso muy importante en el fortalecimiento de nuestra fe es *hacer lo que Dios nos manda*. Debemos hacer caso a sus mandamientos y ponerlos por obra.

Hoy en día, mucha gente no tiene un concepto correcto de lo que es la obediencia. Por un lado, unos piensan que pueden ganarse la vida eterna por medio de sus obras. No alcanzan a comprender que la salvación es una dádiva de Dios (Romanos 6:23; Efesios 2:8), y que por nuestros esfuerzos nunca podremos ganarnos esta dádiva inapreciable. Por el otro lado están los que quieren que Dios los acepte tal como son, pues no desean hacer ningún cambio en su modo de vivir.

La obediencia sincera es una declaración o una expresión de la fe. Quizá la mejor forma de resumirlo sea que es nuestra respuesta llena de gratitud por todas las cosas que Dios ha hecho y por lo que aún le falta por hacer de acuerdo con sus promesas. La obediencia debe ser una reacción natural de quienes desean acercarse a Dios y ser más como él. Jesús prometió que cualquiera que le obedeciera disfrutaría de una relación especial con él y con el Padre: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23). Esto nos demuestra que podemos experimentar la realidad de la presencia de Jesús y del Padre, siempre y cuando los obedezcamos.

El vínculo entre la obediencia y la fe es evidente a lo largo de las Escrituras. Si le creemos a Dios, debemos demostrar esa fe por nuestra conducta. Así lo hacían todos los hombres y mujeres de fe que se mencionan en la Biblia.

La obediencia sincera a Dios exige un buen conocimiento de su ley. Para aprender la razón por la cual Dios nos dio su ley, y para entender los principios básicos que se encuentran en el Decálogo, no deje de solicitarnos el folleto titulado *Los Diez Mandamientos*.

### Usted puede caminar con Dios

Si usted tiene una vida de oración, de estudio de la Biblia y de sincera obediencia a Dios, podrá llegar a tener una estrecha relación con él. Caminar con Dios significa tener una fe profunda, y a medida que camine con Dios su fe irá fortaleciéndose. Enoc y Noé son dos ejemplos de personas que tenían una fe profunda (Génesis 5:22; 6:9).

Caminar con Dios significa tener contacto diario con él, esforzándose por hacer su voluntad. Cuando uno vive tratando de reflejar diariamente lo que son los caminos de Dios, su fe se fortalece. El contacto cotidiano con Dios es esencial, porque la fe es una consecuencia natural de vivir siguiendo el ejemplo de Jesucristo. La fe se fortalece con el tiempo. Un albañil sabe que un muro no se hace de la noche a la mañana; sabe que tiene que levantarlo poniendo ladrillo por ladrillo. En la misma forma, uno enriquece y fortalece su fe por medio de un continuo contacto con Dios.

### Las pruebas de nuestra fe

Todos los que tienen fe son probados. En la Biblia se nos dice que nuestra fe, “mucho más preciosa que el oro”, será sometida a diversas pruebas (1 Pedro 1:6-7). Aunque el oro puede finalmente desaparecer, nuestra fe será siempre parte de nosotros cuando Dios nos resucite para encontrarnos con Cristo a su retorno a la tierra.

Las dificultades y las pruebas no son gratas. Al comienzo podrán parecernos terribles, traumáticas y hasta devastadoras. Pero las pruebas son oportunidades para fortalecer nuestra fe y crecer espiritualmente.

Cuando el profeta Daniel se negó a cumplir con un edicto real que lo obligaba a cometer el pecado de idolatría, fue echado en un foso de leones (Daniel 6). Aunque no sabía cuáles serían exactamente las consecuencias para él, sí sabía que lo único que debía hacer era obedecer a Dios, aunque tal decisión le costara la vida. Él se mantuvo firme, y Dios lo libró de los leones. Pero antes de que Dios lo salvara, Daniel tuvo que probarle que confiaba en él. El profeta sabía que, aunque Dios no lo librara de los leones, tenía asegurado su futuro eterno con su Creador.

Todos los que deciden seguir las pisadas de Cristo, tarde o temprano tendrán que enfrentarse a pruebas. Puede ser que alguien nos pida que cedamos, que hagamos a un lado algún aspecto de la verdad que Dios nos revela en su Palabra. La autenticidad de nuestra fe puede ser puesta a prueba en tales circunstancias. ¿Cómo reaccionaremos?

Como hemos aprendido, Dios es misericordioso y sabe que somos débiles, pero en ocasiones exige que sigamos adelante en fe. En tales ocasiones, debemos buscar aún más intensamente su sabiduría e implorarle que nos muestre cuál es su voluntad. Debemos buscar también el

consejo sabio de aquellos que nos lo pueden dar (Proverbios 24:6). Luego, con el valor y la fe de Dios en nosotros, debemos seguir adelante.

Diariamente debemos reafirmar nuestra fe, porque Dios puede permitir que tengamos pequeñas pruebas a fin de prepararnos para las pruebas más grandes que vendrán. Si esperamos a poner en práctica nuestra confianza en Dios cuando se nos presente una crisis aguda, más difícil nos será superarla.

Orar, estudiar la Biblia y obedecer de corazón a Dios todos los días, alimenta y fortalece nuestra fe. No siempre podemos prever cuándo se nos va a presentar una crisis que ponga a prueba nuestra fe, pero si desde ahora buscamos a Dios, estaremos mucho mejor preparados para el momento en que tal prueba se presente.

### Confiar en la promesa del Reino de Dios

Nosotros, al igual que el profeta Daniel, debemos tener fe y confianza en la promesa del Reino de Dios y todo lo que esto encierra. El Reino de Dios es un reino eterno que Jesucristo, a su retorno, establecerá aquí en la tierra. El Reino de Dios reemplazará todos los gobiernos humanos (Daniel 2:44; Apocalipsis 11:15). Los santos —los verdaderos siervos de Dios— gobernarán en ese reino para siempre (Daniel 7:18). La grandeza y magnificencia del galardón que Dios tiene reservado para nosotros, hace insignificante cualquier sacrificio o prueba que tengamos que sufrir para poder heredarlo (Romanos 8:18). (Si desea estudiar la asombrosa verdad acerca de este asunto, como lo enseñó Jesucristo, no deje de solicitarnos el folleto titulado *El evangelio del Reino de Dios*.)

Nosotros heredaremos ese reino cuando seamos resucitados a la vida eterna en el momento del retorno de Jesucristo (1 Corintios 15:50-52). Nuestra creencia en este reino venidero es, en sí, un acto de fe. No podemos ver el Reino de Dios, pero Dios nos dice que será una realidad. Para poder recibir tan magnífico y glorioso futuro, es imprescindible que ahora vivamos por fe.

Vivir por fe puede exigirnos que, en ocasiones, tengamos que enfrentarnos a situaciones muy difíciles. Es posible que nos encontremos en circunstancias en las cuales no podamos disfrutar de las comodidades a las que estamos acostumbrados. Hasta nuestra seguridad personal podría verse amenazada. Si esto sucede, debemos mantener la perspectiva

del Reino de Dios porque, al fin y al cabo, la fe es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1).

Nuestra fe está basada en la solidez de la Palabra de Dios, la cual permanece para siempre: “Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre” (1 Pedro 1:24-25). Los relatos bíblicos acerca de las personas que fueron un ejemplo de fe nos muestran que ellas tomaron sus decisiones basándose en las palabras de Dios. ¡Ellas sí le creyeron a su Hacedor!

Dios prometió una “cosa mejor” para quienes buscaran primeramente su reino y su justicia (Hebreos 11:40; Mateo 6:33). En esta vida, desde luego, podemos tener y disfrutar de momentos placenteros, pero debemos mantener la misma perspectiva que tenía el apóstol Pablo cuando dijo: “. . . Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. . .” (Filipenses 3:8).

Dios nos promete la vida eterna al resucitarnos. Mientras tanto, nos consolará cuando tengamos que afrontar situaciones dolorosas por servirlo (2 Corintios 1:3-5). Conservar una clara perspectiva del maravilloso futuro que nos espera y recordar la promesa de Dios de consolarnos, nos ayuda a tener una fe viva.

Recibir el conocimiento de lo que será el Reino de Dios y tener fe en ello es algo maravilloso. No todos están siendo llamados ahora para recibir o entender estas cosas (Lucas 8:10).

Entender estas verdades es una dádiva de Dios. Si usted las entiende, Dios le está llamando para que participe en su maravilloso plan. Para recibir esta dádiva, usted tiene que hacer su parte. Siga el consejo que se nos da en Hebreos 6:12 de que seamos “imitadores de aquellos que por la fe y la paciencia heredan las promesas”.

Empiece ahora a adquirir esa fe viva que lo ayudará a superar las pruebas de esta vida y lo conducirá al Reino de Dios. □

## Índice de referencias bíblicas

<b>Génesis</b>	7:18 . . . . . 31	<b>Hechos</b>	2:38 . . . . . 6, 21
5:22 . . . . . 29	<b>Malaquías</b>	10:34-35 . . . . . 22	13:22 . . . . . 19
6:9 . . . . . 29	3:6 . . . . . 19	17:28 . . . . . 22	17:30 . . . . . 6, 9
12:4 . . . . . 15	<b>Mateo</b>	<b>Romanos</b>	1:17 . . . . . 5, 24, 25
12:12-13 . . . . . 17	6:11 . . . . . 27	1:20 . . . . . 8	2:4 . . . . . 21
15:6 . . . . . 15	6:25-33 . . . . . 23	4:11-12 . . . . . 15	4:20-21 . . . . . 28
17:5, 15 . . . . . 15	6:33 . . . . . 20, 32	6:23 . . . . . 29	8:14 . . . . . 5
18:9-12 . . . . . 17	7:21 . . . . . 10, 11	8:18 . . . . . 31	8:32 . . . . . 13
18:11 . . . . . 16	7:21-27 . . . . . 5	10:17 . . . . . 28	15:4 . . . . . 13, 15, 28
21:1-2 . . . . . 16	8:2, 8, 10, 13 . . . . . 22	<b>1 Corintios</b>	9:27 . . . . . 11
26:7 . . . . . 17	8:23-26 . . . . . 23	10:1-11 . . . . . 14	10:6 . . . . . 13, 14
<b>Éxodo</b>	9:12 . . . . . 23	10:13 . . . . . 18	15:22 . . . . . 24
20:4-6 . . . . . 20	9:20, 22, 28-30 . . . . . 22	15:40-44, 50-54 . . . . . 18	15:50-52 . . . . . 27, 31
<b>Deuteronomio</b>	14:30-31 . . . . . 23	<b>2 Corintios</b>	1:3-5 . . . . . 32
4:29 . . . . . 28	16:6-12 . . . . . 23	4:16 . . . . . 27	5:7 . . . . . 5, 6, 24
<b>1 Samuel</b>	26:39 . . . . . 18, 19	12:7-8 . . . . . 16, 17	12:9-10 . . . . . 17
17:37 . . . . . 18-19	<b>Marcos</b>	<b>Gálatas</b>	2:16 . . . . . 21
<b>Salmos</b>	1:14-15 . . . . . 6	3:11 . . . . . 24, 25	4:13-15 . . . . . 16
33:4 . . . . . 21	1:15 . . . . . 8, 9	5:22 . . . . . 21	6:11 . . . . . 16-17
37:4-7 . . . . . 20	9:23-24 . . . . . 27	<b>Efesios</b>	2:8 . . . . . 10, 29
37:28 . . . . . 21	<b>Lucas</b>	2:8-9 . . . . . 11	2:8-10 . . . . . 11
55:16-17 . . . . . 27	6:46-49 . . . . . 5	<b>Filipenses</b>	1:6 . . . . . 19
90:10 . . . . . 18	8:10 . . . . . 32	3:8 . . . . . 32	
97:10 . . . . . 21	8:18 . . . . . 1		
118:6-8 . . . . . 20	8:43 . . . . . 23-24		
<b>Proverbios</b>	11:3 . . . . . 27		
2:8 . . . . . 21	11:9-13 . . . . . 27		
3:5-6 . . . . . 20	11:11-12 . . . . . 28		
14:12 . . . . . 9	18:1 . . . . . 27		
24:6 . . . . . 31	18:1-5 . . . . . 2		
<b>Jeremías</b>	18:7-8 . . . . . 2-3		
1:4-8 . . . . . 26	22:42 . . . . . 19		
10:23 . . . . . 9	<b>Juan</b>		
11:19, 21 . . . . . 26	1:12 . . . . . 6		
17:14, 17 . . . . . 26	4:23 . . . . . 2		
20:7, 9, 14 . . . . . 26	6:44 . . . . . 21		
37:15-16 . . . . . 25	8:31 . . . . . 5		
38:6 . . . . . 25	11:23-44 . . . . . 7		
38:10 . . . . . 26	14:13 . . . . . 28		
<b>Daniel</b>	14:12-15 . . . . . 12		
2:44 . . . . . 31	14:15 . . . . . 8		
3:16-18 . . . . . 20	14:23 . . . . . 29		
3:25-27 . . . . . 20	15:16 . . . . . 28		
6 . . . . . 30	16:23 . . . . . 28		
6:10 . . . . . 27	20:24-29 . . . . . 12		

3:9 .....	21	2:17 .....	11	1:25 .....	12
<b>Colosenses</b>		6:12 .....	32	2:14-17 .....	11
4:14 .....	23	9:27 .....	24	2:14-17, 21-22 .....	12
<b>1 Tesalonicenses</b>		10:38 .....	24, 25	2:14-26 .....	10, 20
2:13 .....	5	11:1 .....	4, 7, 32	2:17, 20, 26 .....	11
4:15-16 .....	27	11:4-7 .....	15	2:19 .....	6, 9
5:19 .....	21	11:6 .....	8, 27	2:20 .....	11, 21
<b>2 Tesalonicenses</b>		11:8-10 .....	15	4:6 .....	11
2:11-12 .....	6	11:11 .....	16	5:11 .....	11
3:3 .....	21	11:12 .....	16	5:14-15 .....	22
<b>1 Timoteo</b>		11:13-16 .....	18	<b>1 Pedro</b>	
2:4 .....	6	11:34 .....	25	1:6-7 .....	30
4:8 .....	4, 5	11:35-40 .....	19	1:24-25 .....	32
<b>2 Timoteo</b>		11:36 .....	25	3:6 .....	15
3:12 .....	26	11:39 .....	27	5:7 .....	19
3:16-17 .....	13	11:39-40 .....	24	<b>2 Pedro</b>	
3:17 .....	14	11:40 .....	32	3:9 .....	6
<b>Tito</b>		13:8 .....	19	3:18 .....	21
1:2 .....	21	<b>Santiago</b>		<b>Apocalipsis</b>	
<b>Hebreos</b>		1:6-8 .....	12	11:15 .....	31
2:1-3 .....	11	1:17-18 .....	21	14:12 .....	13
2:3 .....	21	1:21-22 .....	11		

## ¡Nuestro mundo necesita escuchar buenas noticias!

Los periódicos están llenos de malas noticias: las guerras que causan tanta aflicción, el hambre que consume a países enteros, las catástrofes del medio ambiente, los desastres naturales que dejan miles de damnificados, el crimen, la pobreza absoluta que se va apoderando de ciertas naciones y el crimen y la violencia que continúan aumentando a pesar de los esfuerzos por reducirlos. ¡La letanía de tragedias parece no tener fin!

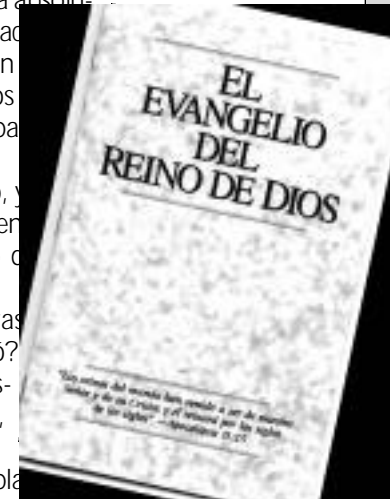
Jesucristo vino como un mensajero, y el mensaje que proclamó fueron las buenas noticias —el evangelio— del Reino de Dios.

¿En qué consisten realmente estas buenas noticias que Cristo anunció?

¿Acaso son tan sólo la maravillosa historia de su propio nacimiento, vida, muerte y resurrección? En verdad, todo esto forma parte del increíble plan de Dios para la humanidad, pero el verdadero evangelio abarca mucho más.

Es triste decirlo, pero el hombre ha reducido el evangelio a una historia que hace énfasis en la persona de Jesucristo, pero que pasa por alto la verdadera profundidad y magnitud del mensaje que nos vino a traer. Lo que Jesús anunció es realmente asombroso; ¡son las noticias más extraordinarias que este mundo enfermo y angustiado pudiera recibir!

El folleto titulado *El evangelio del Reino de Dios* explica detalladamente, con base en las Escrituras, el significado del mensaje que Jesús predicó. Si usted desea recibir esta importante publicación, tendremos mucho gusto en enviársela *gratuitamente y sin compromiso alguno* de su parte. Solicítela hoy mismo a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto. □



### Otras publicaciones que pueden serle de interés:

- *El día de reposo cristiano*
- *Cómo entender la Biblia*
- *¿Se puede confiar en la Biblia?*
- *Nuestro asombroso potencial humano*
- *¿Qué sucede después de la muerte?*
- *Las fiestas santas de Dios*
- *El camino hacia la vida eterna*
- *Los Diez Mandamientos*
- *La Iglesia que edificó Jesucristo*

**Para recibirlas, sin costo alguno para usted, sólo tiene que solicitarlas a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto.**

## Si desea más información

**E**ste folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del Reino venidero de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

### Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mucho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a las reuniones de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

### Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

# Direcciones

## **ARGENTINA**

Casilla 20  
Sucursal 2  
8000 Bahía Blanca, B.A.

## **BOLIVIA**

Casilla 8193  
Correo Central  
La Paz

## **COLOMBIA**

Apartado Aéreo 91727  
Bogotá, D.C.

## **CHILE**

Casilla 10384  
Santiago

## **EL SALVADOR**

Apartado Postal 2499  
01101 San Salvador

## **ESTADOS UNIDOS**

P.O. Box 541027  
Cincinnati, OH 45254-1027  
Sitio en Internet: [www.ucg.org](http://www.ucg.org)

## **GUATEMALA**

Apartado Postal 1064  
01901 Guatemala

## **MÉXICO**

Apartado Postal 4822  
Suc. Tec.  
64841 Monterrey, N.L.  
Sitio en Internet: [www.unidamex.org](http://www.unidamex.org)

## **PERÚ**

Apartado 18-0766  
Lima